

Aquiles y la tortuga o de Zenón a Platón

-Sobre dialéctica y totalidad-

"Y si estimo que otro tiene la capacidad natural de ver en unidad y multiplicidad, voy 'en pos de sus huellas como si fuera un dios'. Y ciertamente a los que pueden hacer eso, Dios sabe si les doy el nombre apropiado, pero hasta el momento los llamo 'dialécticos'"

Platón (Fedro) {1}

La famosa aporía de Aquiles y la tortuga, atribuida a Zenón de Elea, es una suerte de joyita intelectual que ha hecho reflexionar a los hombres por aproximadamente veinticinco siglos. El relato de la misma, transmitido a lo largo de la historia, puede resumirse así:

Aquiles, "el de los pies ligeros", era un guerrero fuerte y veloz que en cierta ocasión se prestó a competir en una carrera contra una tortuga, es decir contra el más lento de los animales. Como Aquiles sabía que corría más rápido que su contrincante, le otorgó una ventaja inicial. Así, la tortuga partió en la carrera un tiempo antes que Aquiles. Y cuando Aquiles cubrió la distancia que lo separaba inicialmente de la tortuga, se dio cuenta que ésta, a su vez, había recorrido un nuevo trecho. De modo que Aquiles siguió corriendo para zanjear la nueva distancia que lo separaba de la tortuga, pero resulta que mientras tanto el animal otra vez había recorrido cierto trecho. Y así, una y otra vez, en cada ocasión en que Aquiles alcanzaba el último punto en el cual se encontraba la tortuga, la misma había recorrido una nueva distancia. Por lo tanto, la conclusión paradójica del certamen fue que el más veloz de los corredores no pudo alcanzar al más lento.

Zenón {2} concibió su aporía como una suerte de reducción al absurdo con la cual pretendía someter a crítica a las escuelas filosóficas que cuestionaban la unidad y totalidad del Ser, que implicaban a su vez su inmutabilidad y eternidad, en favor de la realidad del movimiento y del tiempo. Sin embargo, a lo largo de los siglos, la aporía ha interesado a los intelectuales más allá de sus implicaciones originales, que eran metafísicas, dando lugar a intentos de solución de diverso tipo, incluyendo los matemáticos, físicos, lógicos y filosóficos.

Entre las más antiguas soluciones está la de Aristóteles {3}, para quien la 'infinitud' (entendida como magnitud) {4} es potencial pero nunca actual. De modo que aplicando su concepción del 'infinito' potencial a la aporía de Zenón, sostuvo que la conclusión del problema, es decir que Aquiles no alcanzó a la tortuga, es falsa porque la 'infinita' divisibilidad del espacio sólo puede ser potencial pero nunca actual. A esa argumentación agregó otras, que discurren acerca de la divisibilidad del tiempo y el espacio, pero están lejos de resultar satisfactorias {ref.3.}.

Otras soluciones recurren a conceptos matemáticos puros. Por ejemplo se ha dicho que Zenón basó la aporía en una confusión entre jerarquías numéricas {5}. Pues, si se considera, por ejemplo, que las unidades que recorre Aquiles son números enteros, entonces, se debe admitir que las unidades que recorre paralelamente la tortuga han de ser números decimales. Es decir unas unidades serían subproductos de las otras y por lo tanto nunca equivalentes. Así, si Aquiles recorre un metro, la tortuga ha de recorrer cierta cantidad de decímetros o centímetros. Y la misma diferencia jerárquica debería mantenerse sea cual sea la unidad elegida.

Una interpretación matemática, que apareció unos veinte siglos después de la formulación del problema, y que algunos consideran la solución definitiva del caso, pues olvidan que la expresión matemática de la aporía es tan sólo una reducción de la misma a determinado lenguaje pero no agota toda su significación, consiste en considerarla como un juego de 'series infinitas convergentes'. Series que, si bien son 'infinitas' en sus elementos, son finitas en su suma.

Y se han dado, también, otras y variadas soluciones. Pues, y esta es una de las características más interesantes del caso, la aporía puede ser planteada en diversas dimensiones de sentido. Por eso, todas las soluciones son, de alguna manera, insuficientes. Pues, para resolver la aporía la trasponen a conceptos que, si bien están implícitos en ella como posibilidad, no comprenden el todo de la misma. Es decir, cada solución deja afuera algún matiz significativo del problema. Aunque, a la vez, cada solución ilumina algún aspecto del mismo según su propio horizonte de comprensión.

Ahora bien, aquí no queremos proponer una solución sino examinarla exclusivamente como sofisma. Es decir, como argumentación dirigida a sostener una conclusión absurda. Pues, la aporía de Zenón, si se la examina contra el fondo de la metafísica que intentaba defender, no es el resultado de un pensamiento inacabado o erróneo, ni de un conocimiento científico todavía precario, sino un ejercicio dialéctico que pretendía deliberadamente conducir al pensamiento a un callejón sin salida.

Hasta donde entendemos, el 'truco' en la argumentación de Zenón se basa en identificar el movimiento con la distancia recorrida, y a la vez ignorar el protagonismo del tiempo supuesto en la velocidad de los corredores.

El nudo del argumento de Zenón es que cualquiera sea la distancia que recorra Aquiles, la tortuga habrá recorrido a su vez algo de espacio, por pequeño que sea, y por lo tanto, se supone, irá siempre delante de aquél.

Pues bien, es claro que eso sería cierto sólo si la tortuga pudiera integrar el movimiento de Aquiles en el suyo propio. Pero, como ambos se mueven de manera independiente, la tortuga no tiene forma de apropiarse de la velocidad, superior a la propia, del movimiento de Aquiles, ni tiene forma de sumar para sí misma el recorrido del guerrero a fin de mantenerse delante de él.

Entonces, si se integran el espacio, el tiempo y el movimiento en la carrera, la cuestión a considerar ya no son las 'distancias' recorridas por cada corredor sino las proporciones correlativas de tiempo y espacio definidas por su diferencia de velocidad a medida que compiten.

Visto así, es claro que Aquiles superará a la tortuga. Puesto que la balanza (donde cada platillo es una razón espacio/tiempo) se inclinará siempre a favor del corredor más rápido.

De todos modos, y más allá de la conceptualización del problema, para lo cual, como dijimos, pueden adoptarse perspectivas muy distintas, Zenón no podía no saber que, en la práctica, de dos corredores compitiendo entre sí, uno más rápido y otro más lento, necesariamente, salvo que medie algún factor perturbador, ganará el más rápido. Sin embargo, esa evidencia empírica no le importó. ¿Por qué?

Porque Zenón no quería explicar el mundo. Es decir el suyo no era un razonamiento 'científico', ni una explicación causal del movimiento. Lo que quería Zenón era obligar al pensamiento de sus adversarios a llegar al límite de sus posibilidades. Y bien que lo logró...

Dicho de otro modo, el sofisma de Zenón no pertenece al conocimiento del mundo sino al ámbito del pensamiento puro. Ya que, de acuerdo a la concepción de la verdad de la escuela de Elea {ref. 2} a la cual Zenón pertenecía, sólo el pensamiento es capaz de conocer el Ser y reconocer su unidad y totalidad. Mientras que a las evidencias empíricas y a los conceptos que sirven para explicar esas mismas evidencias, no los consideraba verdaderos.

Zenón sabía que en el mundo el corredor más rápido siempre le gana al más lento, pero no le importaba, pues el suyo no era un problema referido al mundo, era un problema metafísico.

Y el dilema metafísico que subyace al dilema sofístico de Aquiles y la tortuga es el siguiente: si se puede pensar la dualidad en el plano de los principios constitutivos del Ser, o bien si el Ser es todo unidad, y por lo tanto la dualidad sólo pertenece al orden de las apariencias.

Esto no parece tener relación con la carrera entre Aquiles y la tortuga, pero la tiene. Pues, si en el Ser no hay dualidad, entonces, el movimiento del mundo es sólo aparente, no es real. Ya que no puede haber movimiento sin dualidad (el movimiento supone el cambio, ya sea de lugar o de estado, y por lo tanto supone lo Otro: otro lugar, otro estado, otra posición, otra velocidad, etc.).

Para Zenón la respuesta al dilema metafísico ya estaba dada y la había asumido con plena convicción. Tal como había sostenido su maestro Parménides, el Ser es uno y todo. Y lo que no es uno y todo, no es Ser, por lo tanto no es, no existe; es decir, se trata de una pura ilusión.

Así, Zenón inauguraba la dialéctica como modo de alcanzar, por el pensar pero más allá de la razón, una visión de la unidad y totalidad de lo real.

Sin embargo, su dialéctica era todavía rudimentaria. Pues, en sus argumentos se mezclan la metafísica con la cosmología. Es decir, el Ser con la totalidad de los seres. De modo que falta en ella la distinción entre aquello que es Principio (el Ser) y aquello que es principado (todo lo que es, los seres, las cosas). Pero, ¿es legítimo decir que esa distinción 'falta' en su pensamiento? Pues, si falta, falta retroactivamente, es decir a partir de una lectura que se sitúa en un horizonte intelectual posterior; o falta por comparación, por ejemplo con la metafísica oriental o incluso con Anaxágoras, para quien el Nous (Intelecto supremo) gobernaba todas las cosas sin confundirse con ellas.

Y si se quisiera hacer una caracterización de la dialéctica Zenón que no sea negativa, y no decir que le 'falta' algo, podría decirse, quizás, que era todavía inocente. Pues, en el afán de mantener intacta la unidad y totalidad del Ser, excluyó de lo real toda forma posible de alteridad y multiplicidad. Por lo tanto anuló la realidad del cosmos como totalidad a la vez diferenciada y ordenada.

Recién con Platón la dialéctica alcanza la madurez {6} y comienza un pensamiento de la unidad que es capaz de reconocer a la alteridad y multiplicidad como aspectos constitutivos de la propia unidad. Un hermoso y sutil ejemplo del pasaje de la dialéctica de Zenón a la de Platón se refiere a la problemática del cambio: Zenón había concluido que el cambio no existe, pues el Ser está en un reposo absoluto. Mientras que Platón da un salto cualitativo en la

comprensión del problema e integra reposo y movimiento, lo cual significa cambio, en la dialéctica del instante.

Veamos el pasaje, tan breve como profundo, en el cual Platón discute el problema {7}:

"Parménides: ¿Cuándo tiene lugar el cambio? Porque no se muda ni en el reposo, ni el movimiento, ni el tiempo.

Aristóteles: No.

Parménides: ¿No media una cosa extraña, cuando tiene lugar el cambio?"

Antes de continuar asegurémonos de entender lo que se está hablando: Platón indica que en el estado de reposo no hay cambio, ni lo hay en el estado de movimiento. Y otro tanto con respecto al tiempo. Porque dada una cosa, la que sea, no hay cambio mientras siga siendo esa misma cosa. Mientras el reposo sea reposo, el movimiento sea movimiento y el tiempo sea tiempo, no hay cambio en ellos.

Esa manera de pensar resulta extraña hoy, porque vivimos en una cultura que hace del cambio su leitmotiv. Desde la filosofía de Bergson hasta la física cuántica, y desde las modas de vestuario hasta las experimentaciones del arte de vanguardia, las noticias de la prensa y las novedades de la industria del espectáculo, vivimos fascinados con el cambio. Pero, para los antiguos griegos el cambio era un motivo de reflexión. Una cosa seria y nada obvia.

Entonces, mientras algo mantenga el modo de ser que lo define, no hay cambio. Luego, Platón pregunta ¿cuándo tiene lugar el cambio? Y adelanta que tiene lugar cuando media 'una cosa extraña'. Sigamos con el diálogo:

"Aristóteles: ¿Cuál?"

Parménides: El instante. Porque el instante parece representar perfectamente el punto, donde tiene lugar el cambio, pasando de una manera de ser a otra. En efecto, en tanto que el reposo es reposo, no hay cambio; en tanto que el movimiento es movimiento, no hay cambio. Pero esta cosa extraña, que se llama instante, se encuentra entre el reposo y el movimiento; en medio, sin estar en el tiempo; y de aquí parte y aquí se termina el cambio del movimiento en reposo y del reposo en movimiento."

Es decir, mientras se consideran reposo y movimiento en su aislamiento abstracto, o cuando se los considera como puras evidencias empíricas, en ambos casos no hay cambio. Lo que reposa, reposa; y lo que se mueve, se mueve.

Pero, cuando se introduce esa 'cosa extraña' que es el instante, el ahora, entonces, se trascienden tanto la racionalidad abstracta como las evidencias empíricas. Pues, el instante no es un dato de los sentidos, ni un mero concepto de la razón, sino el emergente de una auténtica intuición intelectual. En esa intuición el reposo y el movimiento se aprehenden en su unidad. Es decir, conforman un todo. El reposo y el movimiento dejan de pensarse disociados, se totalizan.

Así, Platón nos ha llevado más allá de la dialéctica de Zenón, a un modo de pensar que, como el mismo dice en la cita del Fedro que utilizamos como epígrafe, es capaz de 'ver en unidad y multiplicidad'.

Esa dialéctica también, como la de Zenón, es abrumadora y conduce a resultados paradójicos porque trasciende la racionalidad de los principios lógicos. Ya que se orienta a reconocer, no ya la total unidad indivisa e inmóvil del Ser de Zenón, sino la unidad de unidad y multiplicidad, de identidad y alteridad, de todo y parte.

La conclusión final del diálogo Parménides es suficientemente indicativa de que esa dialéctica no es nada parecida a la racionalidad de la Razón que tanto injustificado orgullo ha despertado en el hombre occidental desde hace siglos. El diálogo termina así:

“que lo uno exista o que no exista, él y las otras cosas, con relación a sí mismas y en la relación de las unas con las otras, son absolutamente todo, y no son nada, lo parecen y no lo parecen”

En definitiva, la dialéctica es, ya desde Zenón pero sobre todo a partir de Platón, el modo en que el pensamiento se hace a sí mismo apto para acoger en su propio desenvolvimiento la intuición intelectual que trasciende a la razón. Y la intuición intelectual, no en tanto absoluta, pues en ese caso está más allá de la dialéctica, sino en tanto determinada (es decir frente a cada problema específico), es siempre intuición de totalidades.

Y a diferencia del Oriente en donde el intelecto ha seguido una orientación predominantemente sintética, el Occidente siempre ha tendido a quedar atrapado en antinomias resultantes de su propio modo maniqueo de pensar: ser y no ser, unidad y multiplicidad, eternidad y tiempo, sagrado y secular, tradición y modernidad, metafísica y nihilismo, izquierda y derecha, Etc.

Esa racionalidad separadora surgió en Antigua Grecia, en tiempos que hoy nos parecen arcaicos pero eran ya tiempos de decadencia espiritual, luego alcanzó su paroxismo en la modernidad, y hoy, en esta peculiar postmodernidad, parece haberse debilitado bastante.

Debilitamiento que, por su costado frívolo, nos vuelve a los occidentales aún más estúpidos que antes, pero, por otro costado, abre nuevas posibilidades. Entre ellas la de reivindicar a Zenón y Platón como pensadores vigentes hoy; y a la dialéctica como la vía regia de una terapéutica del pensar.

Máximo Lameiro

Bs. As. Julio de 2010

maxlameiro@fibertel.com.ar

<http://cablemodem.fibertel.com.ar/laescalera/index.htm>

Referencias:

1. Las palabras del epígrafe pertenecen al Fedro de Platón (edición de Altamira, Argentina).
2. Zenón de Elea (mediados del siglo V a. C.) fue discípulo de Parménides de Elea y su enseñanza se caracteriza por la introducción de la dialéctica en la defensa de la visión eleática del Ser. De su obra quedan unos pocos fragmentos, de los cuales se discute su autenticidad. Las fuentes más confiables para el conocimiento de su pensamiento provienen de Platón, Aristóteles y Diógenes.
 - Existe una vieja edición en español de sus fragmentos (publicada por Hyspamérica con el título Parménides, Zenón, Meliso (Escuela de Elea) y que también incluye, por esas cosas de los editores, a Heráclito).
 - La antología de Rodolfo Mondolfo, El Pensamiento antiguo, es un buen material de consulta con respecto a este filósofo y a muchos otros (editado por Losada, Bs. As.).
 - Sobre Meliso de Samos puede leerse un artículo de José Biedma López publicado en la webiste La Escalera: <http://cablemodem.fibertel.com.ar/laescalera/melisobiedma.htm>
 - Parménides, el padre de la escuela de Elea, ha sido ampliamente estudiado; por lo cual el lector no tendrá dificultades en conseguir materiales de lectura. Un libro que, de nuestra parte, consideramos recomendable es La teología de los primeros filósofos griegos, de Werner Jaeger (editado por FCE, México).
 - En cuanto al poema metafísico de Parménides, en la edición de Hyspamérica que mencionamos arriba está incluido. Hay también una edición crítica de Néstor Luis Cordero que incluye el texto griego y un estudio pormenorizado del mismo: Siendo, se es (editado por Biblos, Bs. As.).
3. La respuesta de Aristóteles a la aporía, se encuentra en el libro VI de su Física, según la compilación comentada de la física aristotélica realizada por Grosseteste (1168-1253): Summa physicorum, Roberto Grosseteste (editado por Eudeba, Bs. As.). Y la antología de Hyspamérica mencionada arriba {ref. 2} incluye también, en el capítulo dedicado a Zenón, una selección de pasajes de la Física aristotélica referidos a las aporías de aquél.
4. Dicho sea de paso, Aristóteles distinguía perfectamente entre el infinito metafísico (que puede ser dicho exclusivamente del Primer Motor o Divinidad) y el 'infinito' como magnitud, es decir las magnitudes cuyo término (en extensión o divisibilidad) no puede ser alcanzado en acto. Para preservar esa diferencia conceptual ponemos la palabra 'infinito' siempre entre comillas cuando se refiere a una magnitud.
5. Algunas de las más conocidas soluciones matemáticas y filosóficas de la aporía las resume J. Ferrater Mora en su Diccionario de Filosofía (editado por Ariel, Barcelona) en las entradas correspondientes a Zenón de Elea y Aporía.
6. Hans Georg Gadamer comenta el cambio de perspectiva de la dialéctica en Zenón y Platón, en su estudio: Hacia una prehistoria de la metafísica (editado por Alción, Argentina).
7. En el Diálogo Parménides. El cual es, dicho sea de paso, la obra dialéctica por excelencia del filósofo. Y fue considerada por los neoplatónicos (Plotino, Proclo, etc.) como la cumbre de su pensamiento (hay una edición en nuestra lengua de la Biblioteca EDAF, Madrid).